

rippon podría infundir un nuevo dinamismo a la marcha de la economía mundial hacia una mayor y auténtica integración.

El tiempo ha llegado para que los dirigentes de América y de Japón piensen y actuen en el sentido de crear un nuevo y gran proyecto como el señalado.

\* \* \*

La falta de dirección ("leadership").

Bajo el título que precede, publica "The New York Times" el editorial que traducimos seguidamente:

Cada semana trae más pruebas en las que apoyar las predicciones de los pesimistas: la suspensión por parte de Brasil del servicio de la deuda; las cifras del déficit comercial americano; la cesión por parte de Reagan ante las presiones proteccionistas frente a Japón... Y por si esto fuera poco, figuras de prestigio como Paul Volcker expresan públicamente sus temores ante una posible crisis financiera mundial.

¿Se prepara así el "crash" de 1.987?. No. Si hubiera un colapso ahora los gobiernos apuntalarían rápidamente el sistema bancario y restablecerían automáticamente el poder de compra. Lo que sí es posible, sin embargo, es una posterior caída del dólar que dispare una severa recesión.

Incluso en el caso de que la crisis sea eludida, la economía internacional puede desembocar en una situación en la que los países deudores dejen de comprar en el exterior, en que los países industriales detengan su expansión y en que los subdesarrollados se hundan aún más en su pobreza. Los gobiernos saben que estos riesgos existen, e incluso están de acuerdo en la definición de las medidas que podrían evitarlos. Lo que falta es una dirección fuerte que permita tomar las difíciles decisiones políticas que exigen las nuevas realidades de interdependencia.

No hace muchos años, Norteamérica dominaba el comercio internacional. Hoy comparte este dominio junto con Japón y Europa Occidental, mientras países más pequeños como Brasil y Arabia Saudí se han convertido en protagonistas de peso. Todos, ahora, dependen los unos de los otros.

La drástica reducción fiscal de Reagan de 1.981 incrementó espectacularmente el poder de compra de los consumidores a expensas del ahorro interno. Esto complació temporalmente a Japón y a Alemania, que pudieron aumentar sus ventas a Estados Unidos e invertir allí los dólares así obtenidos. Pero esto hizo subir la cotización del dólar, restando competitividad a las empresas americanas y creando fuertes desequilibrios comerciales. Mientras tanto, notables reducciones del precio del petróleo y de otras materias primas hicieron casi imposible para muchos países del Tercer Mundo el servicio de su deuda exterior. Las corrientes de capitales nuevos hacia Iberoamérica y Africa se han paralizado, y con ello la demanda de este continente de productos de Estados Unidos.

Los grandes déficit comerciales de Norteamérica no pueden ser indefinidamente financiados con infusiones de capital

extranjero. Por otra parte, todo el mundo está de acuerdo en que la persistencia del actual punto muerto por lo que se refiere a la deuda iberoamericana arruinaría las economías de aquel continente y desestabilizaría su política.

El acuerdo es aún mayor en cuanto a lo que debería hacerse para superar la situación presente. Washington ha de hacer de verdad algo para reducir el déficit presupuestario a través de un aumento de los impuestos y de un recorte del gasto. Deben resistirse, además, las presiones internas para proteger a las empresas americanas frente a la competencia exterior. Más importante aún: todos los países importantes deben reelaborar sus obsoletas estrategias de crecimiento. Japón necesita cortar la relación entre prosperidad y expansión de sus exportaciones a Norteamérica, al tiempo que desvía sus excedentes hacia objetivos internos. Europa, y también Japón, deben renunciar al costoso proteccionismo agrario que alimenta sus excedentes comerciales y deprime los precios mundiales de las materias primas. Norteamérica debe tomar la iniciativa respecto a la deuda de Iberoamérica, impulsando concesiones por parte de los bancos y ofreciendo recursos oficiales a través de las instituciones multinacionales de ayuda.

Si las grandes líneas de lo que debe hacerse son claras, ¿qué es lo que impide la acción?. Toda reforma significa dolor para alguien, y la presente generación de dirigentes carece de la voluntad política de llevarla a cabo. Nadie espera soluciones milagrosas para los problemas que han ido surgiendo a lo largo de una década pero no es menos cierto que los políticos muestran poca disposición para moverse en el sentido que ellos saben es el correcto. Mientras persista

este estado de cosas la economía mundial estará sometida a elevados riesgos.

\* \* \*

¿Una recesión mundial?.

Hacia finales de la semana anterior, en plenas fiestas, "The Washington Post" publicaba el siguiente editorial, que transcribimos literalmente por entender que sintetiza bien la compleja situación presente:

El dólar continúa bajando rápidamente y, sin embargo, el déficit comercial americano sigue siendo enorme. Las cifras de febrero, que acaban de aparecer, no muestran mejora alguna. La caída del tipo de cambio del dólar tal vez conduzca a equilibrar las cuentas exteriores, pero el proceso será más largo de lo que se creía hace un año. Mientras tanto, la inaceptable carga del propio déficit acelera la caída del dólar, a medida que los intermediarios financieros van reduciendo el tipo al cual el cambio del dólar será capaz de igualar exportaciones e importaciones.

Todo esto coloca a la economía norteamericana en una situación peligrosa. El gobierno de los Estados Unidos tiene un control muy pequeño de este proceso. Nunca conviene que un gobierno haya de admitir ante sus electores que ha perdido el mando y que las decisiones que han de determinar el curso de su economía están en buena parte en manos de otros